

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

Guerra en las misiones orientales del Paraguay (1752-1756): liderazgo, medios y organización.

Lía Quarleri.

Cita:

Lía Quarleri (2005). *Guerra en las misiones orientales del Paraguay (1752-1756): liderazgo, medios y organización*. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/3>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Xº JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA
Rosario, 20, 21, 22 y 23 de septiembre de 2005

Título: Guerra en las misiones orientales del Paraguay (1752-1756): liderazgo, medios y organización

Mesa Temática: *“Cambios y continuidades en los liderazgos indígenas americanos (Siglos XVII a XX)”*

Coordinadores: Guillermo Wilde (UBA / CONICET) E-mail: gwilde@mail.retina.ar
Carlos D. Paz (IEHS-UNCPBA / CONICET) E-mail: paz_carlos@yahoo.com

Pertenencia institucional: UBA-CONICET

Autor: Lía Quarleri Correo Electrónico: liaquarleri@yahoo.com.ar

INTRODUCCION

En enero de 1750, las Coronas de Portugal y España firmaron un tratado de límites estableciendo, luego del Tratado de Tordesillas, una nueva demarcación de sus posesiones coloniales. El nuevo Tratado implicaba, entre otras cosas, la cesión a Portugal de un territorio ubicado al este del río Uruguay (Río Grande do Sul, Brasil), ocupado por siete reducciones jesuítico-guaraníes, a cambio de Colonia de Sacramento. Esta ciudadela portuguesa fundada frente a Buenos Aires, río de por medio, era el signo más claro del avance lusitano sobre territorio reclamado por la Corona española. En consecuencia del Tratado, treinta mil súbditos indígenas de la Corona española debían dejar sus pueblos y fundar nuevos asentamientos fuera del área de influencia lusitana.

El traslado de los pueblos a la otra banda del río Uruguay fue dejada en manos de los curas misioneros. Hacia fines de 1751, los curas de los pueblos dirigieron la búsqueda de nuevos territorios, para trasladar a los siete pueblos afectados por el Tratado de Límites, y a mediados de 1752 se realizaron las primeras salidas¹. Mientras esto ocurría los caciques de uno de los pueblos se opusieron al traslado de su gente, tras lo cual se sumaron otros pueblos a la resistencia. El punto de inflexión se produjo, en febrero de 1753, cuando un grupo de guaraníes negó a los comisionados de demarcación la entrada al territorio de una de las estancias de las reducciones. Este suceso desencadenó la furia de las autoridades coloniales. El gobernador de Buenos Aires, José

¹ Los pueblos afectados por la trans migración eran San Nicolás, San Miguel, San Luis, San Juan, San Lorenzo, San Angel y San Borja.

de Andonaegui, envió una amenaza de guerra a las reducciones; pero para ese entonces los guaraníes estaban dispuestos a defender sus tierras con las armas. Finalmente, el ejército indígena compuesto por pueblos de ambas márgenes del Uruguay y por algunas parcialidades de indios no reducidos, conducidos por sus capitanes, se enfrentó a los soldados de los ejércitos español y portugués en dos grandes batallas². Tras la derrota del ejército indígena, en febrero de 1756, y la muerte de 1.500 soldados guaraníes, los pueblos fueron ocupados por las tropas reales. Finalmente, el Tratado se anuló en 1761, luego de que subiera al trono Carlos III.

A diferencia de las rebeliones andinas del siglo XVIII, la disquisición sobre el rol de los jesuitas en guerra opacó o a generalizó la participación de los indígenas en el conflicto. Con excepción de un puñado de investigadores, la mayoría de los especialistas no se ocupó de reconstruir e interpretar las modalidades de participación de las diferentes misiones guaraníes en el proceso de resistencia y guerra contra la imposición de las consignas del Tratado de Madrid. A su vez, la historiografía especializada que abordó el liderazgo en la guerra reprodujo, en la mayoría de los casos, el contenido de las fuentes jesuíticas. Estas, en términos generales, sobredimensionaron el liderazgo de ciertos caciques, aislándolos del entramado político en el que estaban insertos y homogeneizando sus características y participación en la guerra. En el presente trabajo nos proponemos dar cuenta de las bases mestizas del liderazgo, producto de la miscegenación propiciada por la organización jesuítico-guaraní. Nos interesa indagar en las representaciones en torno a los principales líderes de la rebelión y guerra, que asoló las reducciones durante los años 1753 y 1756, su origen, participación, características y expectativas que recayeron sobre ellos para finalmente interpretar los tipos de liderazgo manifestados en el conflicto.

Las milicias guaraníes

Desde la creación de las milicias guaraníes, a mediados del siglo XVII, la población misionera constituyó un baluarte defensivo entrenado y dispuesto a la guerra

² Los pueblos de Concepción, Santo Tomé, La Cruz, Santos Apóstoles, San Carlos, San José, San Javier, Yapeyú, Santa María y Santos Mártires prestaron tropas auxiliares en el trascurso de la guerra. Además, parcialidades de naciones no reducidas, que habitaban en las proximidades del territorio de las treinta reducciones guaraníes, se sumaron a la resistencia prestando apoyo para los enfrentamientos bélicos.

ante cualquier amenaza externa sobre los dominios reclamados por la corona española. Cada misión disponía de un depósito de armas y de hombres entrenados en las técnicas militares europeas, organizados en compañías militares³. A su vez, los jesuitas habían establecido un “dispositivo de liderazgo” de las milicias guaraníes basado en la orientación geográfica de los ataques enemigos a las misiones. La designación de uno o dos caciques como superintendentes de las misiones del Alto Paraná y Alto Uruguay para prevenir los ataques de los paulistas, uno o dos del Bajo Uruguay, en su banda oriental y occidental, para frenar el avance de charrúas y guenoas y uno del Paraná-Paraguay para impedir la entrada de los abipones y guaycurúes del Chaco, estructuró y reforzó la defensa de las misiones y centralizó el liderazgo militar en algunos caciques y pueblos. Finalmente, el gobernador de Buenos Aires se reservaba la designación de un capitán de guerra y justicia Mayor vitalicio que actuaba como intermediario, entre este y las autoridades indígenas, y simbolizaba el status de milicias del Rey dado a los guaraníes reducidos. En tiempos de guerra, el capitán designado especialmente debían asegurar la unidad de acción de las compañías, con sus oficiales y caciques⁴.

La operatividad de la milicia guaraní exigió un adecuado sistema de comunicación que asegurase la defensa del territorio de misiones y el reclutamiento de soldados para este fin o para alguno ordenado por el gobernador de Buenos Aires fuera del espacio reduccional. El sistema de espionaje era clave para reclutar la información sobre los movimientos enemigos en las proximidades de las misiones. A su vez, la circulación de billetes, cartas y avisos, controlada por los jesuitas, mantenía a los curas y a los cabildos de los pueblos comunicados entre sí y permitía coordinar acciones conjuntas⁵. Este ágil sistema de comunicación mantenido en las misiones permitió la rápida información, entre los pueblos, sobre la llegada de los soldados españoles y portugueses, luego de la amenaza de guerra dada por el gobernador José de Andonaegui.

³ Cada compañía tenía su maestro de campo, su sargento mayor, ochos capitanes, alféreces, tenientes y comisarios, designados por el cabildo de cada pueblo, cuya autoridad se superponían con la de los caciques sin oficio sobre los que recaía la jefatura directa de los guerreros o soldados indios

⁴ Arno ALVAREZ KERN 1982. *Missões: uma utopia política*. Porto Alegre, Mercado Aberto.

⁵ Eduardo NEUMANN 2004. Mientras volaban correos por los pueblos: auto-gobierno e prácticas letradas nas missões Guarani- Século XVIII. *Horizontes Antropológicos* 22. Porto Alegre - En Prensa-

Desencadenantes de la rebelión indígena

La rebelión contra el traslado si bien fue compartida por un número importante de caciques de los pueblos no abarcó a toda la población misionera. Una vez originada la resistencia se produjo una fractura interna dentro del gobierno jesuítico-guaraní⁶. En algunos casos los corregidores indios, en tanto gobernadores del pueblo, se opusieron a la resistencia enfrentándose con otras autoridades del cabildo y con caciques. Además algunos caciques apoyaron la guerra mientras que otros prefirieron recluirse en sus pueblos⁷.

En términos generales, para los actores involucrados directa o indirectamente en el conflicto estudiado, los pueblos de San Nicolás y San Miguel fueron los promotores de la resistencia al traslado de la población reducida y de la rebelión armada contra las autoridades coloniales y reales, producto de la acción y presión de caciques díscolos o indios auto-marginados del sistema misionero sobre una masa indígena despolitizada. La oposición iniciada en San Nicolás fue atribuida -por los testigos interrogados, en 1759, durante el gobierno de Pedro de Ceballos- a un indio ladino y fugitivo de San Miguel, Cristóbal Payca⁸. El origen externo y liminal del caos interno se constituyó en una estrategia de las propias autoridades indígenas, utilizada en los interrogatorios, para desvincularse de los hechos de resistencia y de jesuitas, como el provincial José Barreda, para quitar responsabilidad, en el origen de la resistencia, al gobierno de las

⁶ Dentro de los pueblos de misiones se mantuvo la estructura cacical guaraní (jefes de familias nucleares, extendidas y linajes), alterándose la naturaleza de la relación dentro de los cacicazgos como los atributos de autoridad, roles y privilegios de los jefes nativos de los pueblos de misiones. Para administrar justicia y los recursos e impartir normas y órdenes se crearon cabildos indígenas -que operaban paralelamente a la autoridad de los caciques tradicionales. Los cabildos indígenas estaban compuestos por un corregidor, un teniente de corregidor, dos alcaldes ordinarios de primer y segundo voto, dos alcaldes de hermandad, un alférez real, cuatro regidores y uno o dos alguaciles mayores. Las elecciones era anuales y se hacían con el aval de los jesuitas y del gobernador de Buenos Aires.

⁷ Los soldados reclutados no superaron los 200 hombres por pueblo, por campaña. Teniendo en cuenta que, en promedio, había 800 familias por reducción, el número de soldados reclutados en este ocasión no fue muy elevado. También esto pudo ser respuesta a una administración de los recursos humanos y a la incorrecta información sobre la cantidad de soldados del ejército enemigo.

⁸ Pablo PASTELLS y Francisco MATEOS S.J. 1969. *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay (Argentina, Paraguay, Uruguay, Perú, Bolivia y Brasil), según los documentos originales del Archivo General de Indias*. Tomo VIII, Primera Parte. Madrid, Librería General de Victoriano Suárez.

reducciones⁹. Por el contrario, según el cronista jesuita Bernardo NUSDORFFER, la mayoría de los caciques de San Nicolás se opuso al traslado¹⁰. Además, existían motivos que aunaban a toda la población de San Nicolás contra el mismo.

La reducción de San Nicolás fundada en 1626 había padecido tres traslados durante el siglo XVII. Con la última mudanza habían regresado a su emplazamiento original. Tiempo después un temporal y luego un incendio hicieron estragos en la reducción, la cual debió ser reconstruida¹¹. Sin embargo, este pueblo era el único, entre los afectados por el Tratado, que luego de los traslados vividos había vuelto a la tierra de sus abuelos. Para los indios de San Nicolás no había mejor tierra que la que tenían y no estaban dispuestos a dejar nuevamente el pueblo de sus ancestros. A esto se sumó la falta de entendimiento con su cura el padre Fux a la hora de elegir un nuevo sitio para mudarse. Los caciques no encontraron espacio para la discusión y los curas no encontraron herramientas de seducción.

La rebelión estalló en San Nicolás y los caciques rebeldes, reproduciendo una práctica arraigada en las misiones, utilizaron la escritura para convocar a todos los pueblos en la defensa de la tierra. Al recordar la adhesión a la rebelión, los testigos interrogados en 1759 atribuyeron la misma a los caciques Miguel Andurie y Bonifacio Ayra de San Miguel; Miguel Arape de San Juan; Cristóbal Aripa de San Lorenzo y el corregidor Miguel Poti de San Angel¹². Pero la adhesión fue producto de la presión de los caciques de San Nicolás o del liderazgo de indios o caciques particulares sobre el resto de la población reduccional, como los testigos de los interrogatorios mencionados aludieron. Por el contrario la resistencia se extendió a todas las reducciones afectadas, a fines de 1752, luego de las experiencias vividas por las familias que habían iniciado la

⁹ Archivo Histórico Nacional de Chile (AHNCh). Catálogos de Jesuitas de Argentina. Volumen 202, P. 4. Carta de Joseph de Barreda, comisario del gobierno del Perú al padre confesor Francisco Rabago. Córdoba, 10 de mayo de 1753.

¹⁰ Bernardo NUSDORFFER [1752-1753] 1969. "Primera Parte de la Relación sobre la mudanza de los siete pueblos", *Manuscritos Da Coleção De Angelis. Do tratado de Madri à conquista dos sete povos (1750-1802)*. Introdução, notas e Sumario por Jaime Cortesão. Rio de Janeiro, Biblioteca Nacional.

¹¹ Aurelio PORTO 1943. *História das Missoes Orientais do Uruguay*. Rio de Janeiro, Imprensa Nacional.

¹² Todos los cuales, en tanto desterrados, fugados o muertos en la batalla de Caybaté, en donde quedó definitivamente derrotado el ejército indígena, no pudieron dar sus testimonios.

transmigración¹³. Por último, se sumaron, a esta coyuntura adversa, los rumores difundidos, en el territorio circundante a las misiones, sobre el pacto secreto entre jesuitas y portugueses¹⁴. En febrero de 1753, los espías indígenas informaron que el enemigo había alcanzado Santa Tecla -último puesto de la estancia de San Miguel sobre el río Negro, frontera sur del territorio misionero. Se trataba de la primera partida demarcatoria y sus oficiales insistieron en continuar su misión. Con la noticia de la llegada de españoles y portugueses los pueblos levantados se convocaron, a través de un intenso circuito de correspondencia entre los cabildos, en la defensa de la tierra. Finalmente, una tropa de cincuenta soldados indígenas a caballo hicieron retroceder la expedición, cuestión que les significó la declaración de la guerra.

La tendencia a identificar líderes o promotores individuales de los principales sucesos del conflicto se manifestó también en el episodio de Santa Tecla. En esta línea el jesuita Francisco Mateos remarcó que junto con otras autoridades del cabildo de San Miguel, en Santa Tecla, se encontró el alférez real José Tiarayú¹⁵. Incluso, hay quienes consideran que este cacique lideró dicho episodio (Becker 1983). Sin embargo, según el cronista jesuita NUSDORFFER, fueron “los miguelistas” quienes se presentaron en Santa Tecla para impedir el paso a los demarcadores¹⁶. La participación de los miguelistas en el episodio que dio origen a la sublevación armada de los pueblos estaba íntimamente relacionada con la ubicación geográfica del puesto de Santa Tecla, donde se encontraba presente la comitiva demarcadora¹⁷. Como mencionamos más arriba, las milicias

¹³ La migración iniciada como consecuencia del Tratado de Límites, no contó con la organización material y ritual arriba mencionada. Por un lado, la elección del nuevo sitio no fue el resultado de una negociación exitosa entre los jesuitas y los caciques. Asimismo, para mediados del siglo XVIII no existían tierras aptas y disponibles. Por otro lado, los caciques convencidos por los jesuitas desplazaron a su gente incluyendo a mujeres y niños, sin contar, en los nuevos destinos, con recursos básicos de subsistencia. Al tomar contacto con las dificultades y la falta de garantías los pueblos retrocedieron en su primer idea para resistir hasta el final de la guerra a la entrega de sus tierras.

¹⁴ Se rumoreaba que los jesuitas habían vendido a los portugueses las tierras. De hecho los portugueses, años antes, le habían ofrecido a la Corona la compra de las mismas. Además, para el traslado, los jesuitas habían recibido de la Corona una suma de dinero. Finalmente, los pueblos interpretaron los hechos como producto de un pacto secreto. Esto, además de instaurar el odio y la sospecha, dejaba camino libre para resistirse al traslado, sin que esto tuviese connotaciones de rebeldía contra una orden real.

¹⁵ Francisco MATEOS S. J. 1949. El tratado de límites entre España y Portugal de 1750 y las misiones del Paraguay (1751-1753). *Missionalia Hispánica* 17: 319-378. Madrid

¹⁶ Bernardo NUSDORFFER [1752-1753] 1969 op. cit.

¹⁷ La participación de las autoridades y caciques de San Miguel en la resistencia armada quedó ilustrada en la carta que los pueblos dirigieron al gobernador de Buenos Aires para argumentar

guaraníes se manejaban con un “dispositivo de liderazgo” basado en la orientación geográfica de los ataques enemigos a las misiones. Así en esta ocasión le tocó a San Miguel y a sus autoridades encabezar la defensa o negociación frente al invasor. A la espera se encontraban indios de otros pueblos.

En suma, los actores involucrados directamente en los sucesos (caciques y curas) así como una parte de la historiografía especializada legó la imagen de que la resistencia contra el traslado se originó en dos pueblos, San Nicolás y San Miguel, como consecuencia de la presión ejercida por indios o caciques díscolos o marginales. No obstante, el señalamiento de pueblos promotores de la sublevación o caciques e indios en tanto líderes de la rebelión resulta más una estrategia discursiva para adjudicar la responsabilidad a sujetos particulares, que en general no pudieron defenderse de la imputación, que una situación histórica. La rebelión estalló por una suma de factores que involucraban a la mayoría de la población misionera y que a su vez generaron solidaridades entre “parientes”, los guaraníes reducidos y los no españoles o portugueses, en el caso de la adhesión de los indios infieles. Además, un comportamiento unilineal y personalista era incompatible con las tradiciones y prácticas políticas de los guaraníes reducidos. En virtud de los atributos y manifestaciones de autoridad y poder de los funcionarios del cabildo y los jefes de parcialidades, durante los tiempos misionales, era improbable el surgimiento de líderes auto-impuestos o impuestos por terceros sobre una masa indígena despolitizada.

En esta misma línea, una parte de la historiografía jesuita mostró a la confederación indígena contra el ejército luso-español comandada, principalmente, por tres caciques de las reducciones devenidos en líderes, Rafael Paracatú, José Tiarayú y Nicolás Ñeenguirú. Rafael Paracatú, cacique de Yapeyú, como capitán de la batalla contra el ejército español, suscitada en octubre de 1754, en el Río Daymán, territorio de la estancia de Yapeyú. José Tiarayú como líder de los ataques a los fuertes portugueses durante el año 1754 y comandante de la batalla de Guacacay contra el ejército luso-español, en febrero de 1756. Por último, Nicolás Ñeenguirú, como líder de la batalla final contra los ejércitos reales unidos, también en febrero de 1756¹⁸. Por el contrario,

las razones de la resistencia al traslado. A diferencia de los otros seis pueblos, la carta escrita en San Miguel estuvo suscripta –aunque sin firma– por catorce miembros del cabildo y veintitrés caciques de casi cincuenta (Archivo Histórico Nacional de Madrid AHNM. CJ. Legajo 120, expedientes 31-38. “Cartas de indios al gobernador”, julio de 1753).

por un lado, cronistas jesuitas exiliados como José Cardiel e historiadores de la Orden como Guillermo Furlong desestimaron la existencia de una comandancia y organización indígena y menos aún jesuita que guiase a los pueblos en la guerra. Para ellos el caos lideró la guerra contra los ejércitos de España y Portugal y, en consecuencia, 1.500 almas indígenas frente a un puñado de contrincantes murieron en la batalla final. Por otro lado, los funcionarios generalizaron el comportamiento de los pueblos sin precisar diferencias entre ellos y los guaraníes reducidos pasaron a ser considerados títeres a las ordenes de los padres misioneros. Sin embargo, las representados mencionadas, mediadas por intereses políticos concretos, opacan la complejidad del mando político-bélico, con sus niveles de jefaturas, y la naturaleza guaraní-misionera del liderazgo en la guerra. Para comprender esto último, reconstruiremos el rol y origen de cada uno de tres caciques en el contexto de la guerra entre la confederación indígena y el ejército luso-español.

Líderes políticos, comandantes y capitanes de guerra

Tras la declaración de resistencia por parte de los pueblos, en julio de 1753, los ejércitos de España y Portugal organizaron el ataque al territorio misionero. El ejército español, comandado por el gobernador de Buenos José de Andonaegui, ocuparía el pueblo más austral de las misiones orientales, San Borja; mientras que los portugueses, dirigidos por el gobernador de Río de Janeiro Gomes Freire de Andrada, haría su parte con San Angel, la reducción más próxima al asentamiento lusitano. Los pasos afectados, involucraban al sur a la estancias de Yapeyú, que este pueblo occidental tenía sobre la banda oriental del Uruguay y hacia el occidente, a la estancia de San Luis, ya que los portugueses habían levantado fuertes en el río Pardo, afluente del Río Grande. Por su parte, las autoridades indígenas de los pueblos orientales convocaron a sus “parientes” de la banda occidental del río y dividieron la defensa. Los pueblos occidentales impedirían el paso del ejército español por el río Ibicuy (afluente del río Uruguay) mientras que las reducciones orientales no solo frenarían el avance lusitano desde Río Grande sino que atacarían a los fuertes fundados en las proximidades de las misiones¹⁹.

¹⁸ Las tres batallas implicaron derrotas para el ejército indígena pero la historiografía de corte indigenista los recordó como valientes guerreros y defensores de los derechos a la tierra a costa de la muerte o la represalia, consagrándolos como líderes guerreros.

¹⁹ Los ríos Ibicuy y Uruguay marcaban los nuevos límites entre los dominios coloniales de España y Portugal. Río Grande era la ciudad portuguesa más próxima a las misiones jesuíticas.

En abril de 1754, los caciques y capitanes de San Luis convocaron a los soldados de San Miguel, para atacar los fuertes portugueses levantados en los límites de su estancia. Los miguelistas eran hábiles jinetes y valientes guerreros, admirados por otros pueblos. Además, eran los más numerosos del complejo guaraní-misionero. Finalmente, en el río Guacacay se reunieron 400 indios de San Lorenzo, San Luis y San Miguel. Sus capitanes en asamblea eligieron como capitán al teniente de corregidor de San Miguel, Alejandro²⁰. Pero el asesinato del flamante capitán de la tropa, en manos de un sirviente de los portugueses, dejó al grupo sin comandante y los miguelistas se adelantaron, sin consultar con los capitanes de los otros pueblos, hacia el campamento enemigo²¹. El objetivo era entrar a los fuertes de los portugueses, dando señal de paz, para ver lo que querían. Como embajador iba José Tiarayú, un viejo cacique de San Miguel respetado entre sus pares²². Finalmente, no se llegó a ningún acuerdo con el enemigo y los miguelistas debieron abandonar el fuerte en malos términos²³.

En octubre de 1754, con la noticia del avance del ejército portugués, comandado por el gobernador de Río de Janeiro Gomes Freire de Andrada, se reunió frente a los fuertes portugueses un ejército de 2.000 indios de San Miguel, San Luis, San Lorenzo y San Nicolás acompañados de una tropa auxiliar de 200 indios infieles. Tras una asamblea entre corregidores y capitanes representantes de los cuatro pueblos se decidió que el comandante del sitio sería José Tiarayú, ahora corregidor, quien se había destacado por su coraje y arbitraje con el enemigo unos meses atrás²⁴. Nuevamente, los miguelistas avanzaron sin sus compañeros de cuerpo para negociar a solas con los

²⁰ La división de la defensa estaba acompañada de la elección o imposición de comandantes de guerra que desempeñasen un rol destacado en la adhesión de caciques de diferentes pueblos para la guerra, en la conformación de las tropas, en la organización de los ataques, en la negociación con el enemigo y la dirección de las batallas.

²¹ Tadeo HENIS S.J. [1768] 1836. *Diario Histórico de la rebelión y Guerra de los pueblos guaraníes situados en la Costa Oriental del río Uruguay del año de 1754*. Versión Castellana de la obra escrita en latín. Buenos Aires, Imprenta del Estado.

²² José Tiarayú se había sumado a la resistencia armada en Santa Tecla como alférez real. Luego de su participación en la oposición al Tratado fue designado corregidor. Desconocemos si su designación fue realizada como parte de un proceso de elección ordinaria del cabildo indígena o como producto de la destitución de un corregidor no a fin a la resistencia.

²³ Bernardo NUSDORFFER [1752-1753] 1969 op. cit.

²⁴ Según la descripción realizada por Tadeo Henis, en su diario, puede suponerse que José Tiarayú y los miguelistas, en general, tenían experiencia en el trato y en la negociación con los portugueses; cuestión que también contribuyó en su designación como comandantes de guerra.

²⁵ Tadeo HENIS S.J. [1768] 1836 op. cit.

portugueses, lo que indignó especialmente a los luisistas, los cuales mantenían con los primeros conflictos históricos por los límites de sus tierras. El corregidor Nicolás Ñeenguirú de Concepción, pueblo emparentado con el de San Luis, enterado de los sucesos, medió para aminorar los conflictos y mantener el espíritu de la confederación entre capitanes, caciques y pueblos. Finalmente, luego de que una tropa indígena atacara una flota con víveres para los soldados portugueses -que eran menores en número que sus contrincantes-, Gomes Freire propuso una tregua de armas y se preparó para una segunda campaña²⁵.

Paralelamente a estos hechos, el ejército español, comandado por el gobernador de Buenos Aires José de Andonaegui había emprendido la marcha hacia los pueblos de misiones. Alcanzaría, en primer lugar, la estancia de Yapeyú, que este pueblo occidental tenía en la banda oriental del Uruguay sobre el río Negro. Una vez informados, los pueblos del occidente del Uruguay asesorados por el corregidor de Concepción, Nicolás Ñeenguirú, organizaron la defensa del paso meridional afectado, ubicado entre el río Negro y el Uruguay. En primer término, los rebeldes quemaron los puestos y poblaciones de la estancia de Yapeyú y condujeron el ganado hacia un lugar protegido²⁶. Inmediatamente después, prepararon las tropas para la defensa del territorio. En virtud de la ubicación de su estancia, los yapeyuanos debían encabezar la defensa para lo cual debía designarse un capitán de ese pueblo. Pero esto no resultó muy sencillo ya que el pueblo de Yapeyú se encontraba políticamente dividido.

El pueblo de Yapeyú tenía características muy particulares. Estaba compuesto por originales yapeyuanos y por indios del pueblo de San Javier. Además, en las estancias residían “*todos los infieles charrúas, mohanes, yaros, guenoas y minuanes*”. Por su ubicación austral, los habitantes del pueblo y de la estancia solían tener un fluido contacto “*por tierra y por agua*” con los españoles y, en virtud de estos intercambios, el corregidor y gran parte del Cabildo de Yapeyú no apoyaban la guerra. Para unificar la oposición, los rebeldes de Yapeyú -con ayuda de algunos pueblos occidentales coordinados por Nicolás Ñeenguirú- reemplazaron a su corregidor por un cacique aliado a la resistencia y eligieron a sus representantes en la guerra: Rafael Paracatú, xavierista,

²⁶ Archivo General de la Nación AGN. Sala XI. Compañía de Jesús 7-1-1. “Convenio que celebró nuestra corte con la de Lisboa para la entrega de los pueblos del Uruguay”.

cuidaría los puestos de río, y Santiago Caendi, yepeyano, haría lo mismo con los de tierra²⁷.

En los sucesos descritos, aludidos a la persona Nicolás Ñeenguirú, corregidor de Concepción. Lo encontramos en la frontera con Portugal intentando aminorar los conflictos entre los indios confederados y dando ordenes a Paracatú en cuestiones de guerra²⁸. A su vez, tras la derrota indígena en la batalla de Daymán, en octubre de 1754, los indios que lograron escapar entregaron unas cartas del gobernador Andonaegui a Nicolás Ñeenguirú y este se las entregó a los curas escondidas de los yapeyanos que se las habían confiado²⁹. La intervención de Ñeenguirú en los hechos llegó a tal nivel que entre los indios rebeldes se sospechaba que el corregidor de Concepción había pergeñado la presión de Santiago Caendi, capitán de los rebeldes por tierra nombrado corregidor luego de la derrota de Daymán³⁰.

En suma, Tiarayú y Paracatú fueron elegidos como cabos de guerra, por los caciques y capitanes de la resistencia, para dirigir la defensa del territorio de la ocupación española desde el río Negro y para atacar los fuertes y campamentos portugueses sobre el río Pardo. Tiarayú además de convocar para la guerra y organizar las fuerzas se destacó en una guerra ofensiva contra los portugueses, por lo que fue nuevamente elegido como comandante de las tropas contra el ejército luso-español. Sin embargo, ninguno de estos liderazgos traspasó la situación particular para la cual fueron elegidos por sus pares. En cambio el corregidor Nicolás Ñeenguirú tuvo intervenciones permanentes en todos los sucesos del conflicto. ¿Cómo puede interpretarse esta situación?

Existen varias versiones sobre la participación de Nicolás Ñeenguirú en la guerra. Una de ellas es la que el propio Ñeenguirú alegó en julio de 1753. Según sus

²⁷ Bernardo NUSDORFFER [1754] 1969. "Tercera Parte de la Relación sobre la mudanza de los siete pueblos", op. cit.

²⁸ Diez días antes del enfrentamiento entre las tropas lideradas por Paracatú y el ejército español, Ñeenguirú había escrito una carta a este último, como "vuestro superior capitán" (Interrogatorio tomado en enero de 1755 tras la derrota indígena en la batalla de Daymán, en Becker 1983).

²⁹ Para frenar la marcha del ejército español hacia el río Ibicuy se juntaron 1.000 guaraníes y algunos "indios infieles" dirigidos por el capitán de Yapeyú, Rafael Paracatú. En octubre de 1754 más de 500 soldados españoles atacaron a 300 indios de la tropa de Paracatú en el río Damían (afluente del Río Uruguay). Los soldados españoles, que apenas superaban en número a los soldados indígenas, mataron a 230 indígenas incluido el capitán Paracatú y ganaron la batalla.

³⁰ Bernardo NUSDORFFER [1753-1754] 1969. "Segunda Parte de la Relación sobre la mudanza de los siete pueblos" op. cit.: 289.

declaraciones, una vez originada la resistencia al traslado -en seis de los siete pueblos orientales- los cabildos y caciques rebeldes buscaron la adhesión de sus parientes del otro lado del río³¹. El corregidor de Concepción, que fue convocado por sus parientes de San Luis y San Angel, se solidarizó con los pueblos afectados y avaló la resistencia contra el Tratado. Una segunda versión, sobre el rol ocupado por Ñeenguirú en la guerra, fue sembrada por los propios indios luego de la derrota final, en febrero de 1756. En esta oportunidad, dos de los soldados rebeldes interrogados afirmaron que Nicolás Ñeenguirú había sido designado por el padre provincial para comandar la guerra³². Esta versión de los hechos fue retomada por historiadores como Félix Becker para argumentar que Ñeenguirú había sido un títere ideado por los jesuitas, quienes, además, inspirados en él habían contribuido a dar vida a la fábula del “Rey Nicolás I del Paraguay” (Becker 1983). En el extremo opuesto, jesuitas como Tadeo Henis y José Cardiel, luego de la derrota de 1756, desacreditaron el rol de capitán general desempeñado por Ñeenguirú; el primero, afirmando que este solo fue auxiliar del cacique José Tiarayú y, el segundo, relegándolo al lugar de músico e indio locuaz de gran facilidad para hacer arengas³³. Por último, cronistas como Bernardo NUSDORFFER y algunos testigos indígenas –interrogados en el año 1759- concedieron a Ñeenguirú una omnipresencia en los hechos desde el suceso de Santa Tecla, arriba mencionado³⁴. Luego de un análisis de las diferentes versiones históricas, consideramos que su omnipresencia no fue un simple artificio jesuita o una auto imposición de un músico díscolo, sino que respondió al rol articulador que Ñeenguirú desempeñaba en relación con las misiones del Uruguay en tanto descendiente de uno de los primeros caciques que

³¹ Muchos pueblos eran colonias de otros. Este es el caso de los pueblos de San Borja en relación con Santo Tomé, San Luis y San Angel con Concepción, San Lorenzo con Santa María Mayor y San Juan con San Miguel.

³² AHNM. Estado. Legajo 4798/2 N° 450. “Declaraciones tomadas por Nicolás Patrón, comandante del destacamento de Corrientes a los prisioneros del Arroyo Caybaté, 11 de febrero de 1756”

³³ AHNM, CJ Legajo 120, Expediente 69. “Protestas contra las declaraciones de los indios y sus testimonios de Tadeo Enis”. Concepción, 20 de septiembre de 1756 y José Cardiel [1771]: 180-181.

³⁴ Bernardo NUSDORFFER [1753-1755] 1969. Primera, Segunda, Tercera y Cuarta Parte de la “Relación sobre la mudanza de los siete pueblos” op. cit. y Pablo PASTELLS y Francisco MATEOS S.J. 1969 op. cit.

acompañaron a los jesuitas en su avanzada reduccional y en virtud de su vinculación con la reducción de Concepción.

Por un lado, la reducción de Concepción no era, para las misiones orientales, un pueblo más del occidente del Uruguay ya que además de ser la “misión madre” de San Angel y San Luis, funcionaba como vinculante del espacio misionero de la cuenca del Uruguay así como del pasado prehispánico con el presente reduccional. En ella estaban enterrados los huesos del legendario fundador de las misiones del Uruguay, el padre Roque Gonzalez; también, se encontraba la imagen de la virgen “La Conquistadora”, la cual había acompañado al padre Roque González en su exploración y entrada al oriente del Uruguay, a principios del siglo XVII. Concepción era visitada por indios de otras reducciones del Uruguay en búsqueda de protección en caso de crisis o guerra, como ocurrió durante el conflicto estudiado³⁵.

Por otro lado, el legendario cacique Nicolás Ñeenguirú, uno de los primeros que aceptaron reducirse, había acompañado a Roque González, a comienzos del siglo XVII, en la avanzada de los jesuitas sobre el oriente del Uruguay y sobre la provincia del Tapé. Además, había sido capitán de las tropas por tierra en la famosa batalla de Mbororé, que simbolizó el freno al expansionismo luso-brasilero sobre las misiones jesuíticas de guaraníes. Los Ñeenguirú, asentados en Concepción, que sucedieron a este famoso cacique heredaron su prestigio y cumplieron un rol importante en la construcción de la identidad guaraní-misionera. A su vez, fueron pivotes en la relación política entre el gobierno colonial y el gobierno misionero ya que por ejemplo, el gran cacique Nicolás Ñeenguirú había sido el primero en ejercer la función de capitán general de las milicias guaraníes³⁶.

Su nieto, el corregidor Nicolás Ñeenguirú, tempranamente se había diferenciado del resto de los comandantes de la guerra contra el Tratado de Madrid por su actitud “personalista” y “transversal”. Por ejemplo, al comparar las cartas dirigidas por los cabildos al gobernador, en julio de 1753, se observa que Ñeenguirú fue el único que firmó la carta por Concepción, mientras que en los casos restantes la correspondencia estuvo “suscripta” por el cabildo, los caciques y todos los indios o por el cabildo únicamente. También el contenido de las cartas fue distinto ya que, en

³⁵ Bernardo NUSDORFFER [1754] 1969. “Tercera Parte de la Relación sobre la mudanza de los siete pueblos” op. cit.

³⁶ Luego del rol desempeñado por Nicolás Ñeenguirú se creó el cargo de Capitán general de guerra y justicia mayor de las reducciones de la gobernación de Buenos Aires (Kern)

contraste con Nicolás Ñeenguirú, la mayoría de los pueblos orientales expresaron su disposición a la guerra. Finalmente, en la carta, el corregidor de Concepción se mostró molesto con los curas que insistían con sacarlos de sus tierras. Contrariamente, el resto de los pueblos solicitó al gobernador no ser despojados de sus padres³⁷. En los hechos este cacique también se había mostrado ambiguo ya que, estando los jesuitas en su pueblo para cruzar el río y notificar el traslado a los pueblos orientales, entorpeció el envío de las cartas al mismo tiempo que protegió a los padres, que llevaban las cédulas, de una posible agresión por parte de los indios levantados³⁸. ¿Por qué Ñeenguirú era convocado y respetado por jesuitas y caciques de adentro y fuera de su reducción? ¿Por qué se manifestaba de manera ambivalente?

Ñeenguirú gozaba de “*gran consideración entre todos los pueblos del Uruguay*” y lo “*respetaban como a su cacique mayor y como régulo de este río [...] aún antes de su conversión*”³⁹. ¿Podemos afirmar que Ñeenguirú reproducía, aunque alterada, la función que en otros tiempos cumplían los *tuvichá* o *mburuvichá*?⁴⁰. Aparentemente, Ñeenguirú además de corregidor de su pueblo era reconocido como autoridad política o referente de un conjunto de aldeas o pueblos de misiones del Uruguay. Una vez desatada la guerra, en función de ese rol, participó asiduamente, por un lado, convocando a los caciques de los diferentes pueblos, solicitando soldados y recursos y, por el otro, mediando en todos los conflictos internos a la confederación indígena, entre capitanes y caciques⁴¹.

³⁷ AHNM. CJ. Legajo 120, expedientes 31-38. “Cartas de indios al gobernador”, julio de 1753

³⁸ Bernardo NUSDORFFER [1753-1754] 1969. “Segunda Parte de la Relación sobre la mudanza de los siete pueblos” op. cit.

³⁹ Nicolás del Techo citado por Bernardo NUSDORFFER [1754] 1969. “Tercera Parte de la Relación sobre la mudanza de los siete pueblos” op. cit. NUSDORFFER y Testimonios levantados a los indios prisioneros luego de la batalla de Daymán en Félix BECKER 1987. *Un mito jesuítico: Nicolás I rey del Paraguay. Aportación al estudio del ocaso del poderío de la Compañía de Jesús en el siglo XVIII*. Asunción, C. Schauman.

⁴⁰ En la terminología guaraní un representante político de un conjunto de aldeas (teko'a) era denominado Tuvichá, mientras que un cacique regional reconocido como tal dentro de una región o guayrá (articulación de territorios donde podían localizarse varias parcialidades) era llamado mburuvichá.

⁴¹ Los conflictos fueron permanentes ya que la destreza de los miguelistas y de su comandante, José Tiarayú, no solo les valió la admiración de los otros sino también generó celos entre aquellos caciques de San Miguel y de otros pueblos que no terminaban de aceptar el liderazgo de Sepé. La “falta de unión” entre los caciques de San Miguel preocupaba a las autoridades del cabildo e incluso a los padres aliados a la resistencia, ya que no hacía más vulnerable aún la situación de los pueblos de misiones (AHNM. Estado. Legajo 4798/2 N° 346 Traducción Carta

La solución de los problemas internos de una comunidad era una de las funciones principales registradas, entre las parcialidades guaraníes, para los líderes políticos de una comunidad. Este rol se manifestaba desde tiempos prehispánicos y pre-misionales, sobre todo en tiempos de paz, ya que las rivalidades por los liderazgos de los jefes de familias extensas se manifestaban continuamente así como los celos entre caciques por las conquistas que obtenían en el campo de batalla y que contribuían, a su vez, a su liderazgo en sus respectivas comunidades. En tiempos de guerra, la unión de los caciques era la función por excelencia de un líder político. Sin embargo, en la guerra contra el ejército luso-español los conflictos entre capitanes y caciques, que expresaban la autonomía de los cacicazgos, continuaron y afectaron la vida de la confederación entre pueblos⁴². Las fragmentaciones internas desprotegeron al ejército indígena contra un contrincante preparado, numeroso y adiestrado en nuevas técnicas militares⁴³. Llamativamente, Ñeenguirú fue uno de los pocos capitanes sobrevivientes que no murió en la batalla final y que tampoco fue apresado. En cambio, fue enviado a Buenos Aires; probablemente, como representante de esa dinastía de caciques guaraníes que habían viabilizado el sistema reduccional misionero y desempeñado un rol articulador entre las autoridades misioneras y el gobierno colonial.

El liderazgo guaraní-misionero

Al atribuir la dirección de la guerra con tres caciques primó una concepción “personalista” del liderazgo político-bélico. Por el contrario, el liderazgo en la guerra fue producto de la acción combinada, complementaria y conflictiva de autoridades indígenas del cabildo, caciques, capitanes de pueblos y comandantes de guerra, así como de una jerarquía de curas aliados, neutrales y opositores a la resistencia. La

escrita a José Tiarayú, corregidor, del mayordomo de la estancia de San Javier Valentín Ibaringua. San Javier, 2 de febrero de 1756).

⁴² Este tema fue trabajo por Guillermo WILDE 2003. Antropología histórica del liderazgo guaraní misionero (1750-1850). *Tesis doctoral*. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.

⁴³ En enero de 1756, una tropa indígena de 1.700 indios de diferentes pueblos se reunieron en la estancia de San Miguel convocados por Tiarayú y Ñeenguirú, principalmente. Pero, poco después, José Sepé Tiarayú se separó del grupo mayor acompañado de sus soldados para tomar contacto con las características del enemigo. Pero, desprotegido murió a manos del ejército contrario. Muerto Tiarayú, la tropa quedó sin cabos militares y varios fueron los capitanes que asumieron el rol de comandar el enfrentamiento que se avecinaba contra el ejército luso-español, entre ellos un teniente de San Miguel; el corregidor de San Angel, Miguel Poti y José Ñeenguirú. La batalla terminó con la vida de 1. 500 indios.

dirección de la rebelión armada y de la guerra expresó la dinámica política de la sociedad jesuítico-guaraní con sus diferentes niveles de autoridad (cabildo, caciques, capitanes), sus tendencias al antagonismo entre cacicazgos rivales y sus manifestaciones amalgamadas de culturas políticas (organización política guaraní y europea-jesuita-colonial) con tradiciones distintas. No obstante, analíticamente, es posible diferenciar a partir de los casos analizados un liderazgo político, un liderazgo bélico y un liderazgo social.

El primero de ellos estaría representado por Nicolás Ñeenguirú. Este corregidor cumplía una doble función como corregidor de su pueblo y como “cacique mayor” del Uruguay. Este doble cargo o función fue creado o mantenida por los jesuitas para contar con un referente étnico a la “cabeza” de un grupo de misiones vinculadas por relaciones de parentesco, como eran las misiones de la cuenca del Uruguay. La identificación de un cacique mayor reforzaba la identidad y cohesión de la población misionera y articulaba políticamente a las autoridades jesuitas con las autoridades de los pueblos y a estos con el gobierno colonial. Además, Ñeenguirú y Concepción tenían su valor agregado. El primero al ser heredero de unos de los primeros caciques que aceptaron reducirse al cristianismo, además respetado entre las parcialidades guaraníes, ligaba la vida reduccional con los tiempos previos. Por último, en tanto anclaban dos universos político-étnicos (el guaraní misionero-el jesuita colonial), se manifestaba con un cierto grado de ambigüedad en sus discursos y en sus prácticas.

Por el contrario, Rafaél Paracatú y José Tiarayú representaron a comandantes surgidos o nombrados en contextos bélicos, por razones políticas, como fue el caso de Paracatú, o por habilidades y conexiones como quedó ilustrado con Tiarayú, rememorando al tipo de liderazgo bélico guaraní pre-reduccional. Sin embargo, tanto las concepciones sobre las que se basaba este liderazgo como sus manifestaciones en el conflicto daban cuenta de su íntima relación con la base del sistema político jesuítico-guaraní. Esto resulta evidente cuando un conflicto surgido entre el cabildo de Yapeyú, los curas y los caciques llevaron a la elección conjunta de dos comandantes aliados a la resistencia como fueron Caendi y Paracatú. Por su parte, la influencia del sistema misionero sobre el liderazgo de José Tiarayú se entiende al interpretar a este último dentro del rol desempeñado por el pueblo de San Miguel en la guerra⁴⁴. Tiarayú fue

⁴⁴ Por la ubicación geográfica de su estancia en relación con la expedición del ejército español, por la habilidad de los soldados miguelistas y por la densidad de población de la reducción de

comandante de guerra en gran medida porque era autoridad de un pueblo que por sus características tuvo un liderazgo destacado en los hechos.

Cada uno de estos liderazgos estuvo cruzado por un liderazgo social ya que, en última instancia, los capitanes y comandantes de guerra representaban, más que nada, el espíritu bélico del grupo y en nombre del cuerpo social convocaban para la guerra y dirigían la batalla. Como se manifestó en el conflicto estudiado, los soldados obedecían a su cacique y estos al capitán del pueblo; por lo que difícilmente un comandante general podía reunir la autoridad y asumir el liderazgo sin conflictos. Por su parte, ante la tendencia a la fragmentación política los propios capitanes designados en asamblea no tuvieron entre sus prioridades mantener el cuerpo unido sino hacer la guerra al enemigo y destacarse en ella porque el coraje en el campo de batalla les implicaba prestigio y privilegios dentro de sus cacicazgos y porque el valor e incluso la muerte eran el acceso a la vida espiritual que les permitía acceder al título de hombres⁴⁵.

San Miguel que permitía disponer de un número importante de guerreros entrenados para defender el territorio.

⁴⁵ Bartolemeu MELIÀ y Dominique TEMPLE 2004. *El don, la venganza y otras formas de economía guaraní*. Asunción, Centros de Estudios Paraguayos, p. 99.